

INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA AMERICANA

1 — Qué es Sociología americana.

Prescindiendo aquí de problemas metodológicos de fundamentación de la sociología americana y de la cuestión del nombre objetado por algunos, me limito a hacer la observación que las ciencias sociales admiten ramas consagradas al estudio de problemas regionales o nacionales subordinados, por supuesto, a la teoría general. Así como se justifica la economía colombiana o mejicana, el derecho chileno o brasileño, la historia ecuatoriana o venezolana, así también se justifica la sociología americana, aunque el plan sea demasiado extenso y ambicioso. Me parece que sería más aconsejable y científico empezar por monografías especiales, como las que existen ya sobre la clase media en Chile, Ecuador, Colombia, etc.

Las definiciones de sociología americana que aparecen en algunas obras destinadas a dicha materia son insatisfactorias por carecer de los elementos lógicos de la definición. No se necesita mucha agudeza para descubrir la falsedad y pretensión de la definición siguiente: "La sociología americana es el estudio del origen y evolución del continente". Es una definición demasiado vaga porque lo que pretende delimitar puede ser objeto de estudio de varias ciencias, tales como la geología, la antropología, la arqueología, la historia, etc.

La sociología americana no puede ser una enciclopedia, sino una disciplina que tenga por objeto de estudio los fenómenos sociológicos peculiares de América que se refieren al medio físico, la población, la movilidad social, las razas, la familia, las clases sociales, los problemas urbanos y rústicos, el régimen económico, las formas estatales, la cultura y la historia.

En efecto, el primer Congreso argentino de sociología (1950) convino en señalar como materia de la sociología americana casi todos los problemas enumerados en el párrafo precedente.

La sociología americana tiene que circunscribirse a los países de habla española, o mejor, de preponderancia de la cultura latina —inclusive el Brasil y Haití—, países en los cuales apenas se inicia en forma científica el estudio de sus ingentes problemas sociológicos. Norteamérica representa un caso aparte. Allá la historia de la sociología y la investigación de problemas sociológicos particulares han alcanzado durante este siglo un alto grado de desenvolvimiento. En lo que concierne a los problemas de sociología aplicada, la escuela norteamericana ocupa el primer puesto en el mundo. Hay que reconocer que el trabajo realizado por dicha escuela ya está hecho en gran parte y recogido en una bibliografía selecta y abundante de alta calidad científica. Sobre todo se ha dado importancia allá a los problemas de sociología rural y urbana (Sorokin, Zimmermann, etc.), a los problemas de los grupos raciales e institucionales (Emory Bogardus) y a los problemas migratorios (Kingsley Davis). Sobre las migraciones hay una teoría americana (la de Francis A. Walker) opuesta a la teoría europea (la de Conrado Gini). Tales trabajos pueden ilustrarnos en la parte metodológica primero, y pueden servirnos después en el estudio comparativo de los sistemas de organización social y de los niveles de cultura.

Los problemas generales y su contenido especial ya enumerados pueden ser enfocados con el método histórico comparativo y con el método etnológico, cotejando unos fenómenos con otros, o unas instituciones con otras. Como resultado de la aplicación de dichos métodos obtendremos en la sociología americana una parte genética y otra sistemática.

2 — La Sociología americana en las crónicas, diarios de viajes, historias, ensayos y en la novela social.

En este punto no se buscan elementos eruditos sino material de observación, descripción, comparación, y valuación de los hechos sociales, los grupos, las instituciones, etc.

A) — Las crónicas.—Los cronistas, sobre todo los del período de la conquista y comienzos de la colonización, tienen el innegable valor de haber sido testigos del contacto de dos civilizaciones distintas en grados diversos de evolución y de haber estudiado, aunque demasiado **externamente**, las costumbres, las instituciones, el comercio, la población, la organización social... Los cronistas, sin embargo, tienen la desventaja de carecer de intención científica y consiguientemente de adiestramiento técnico en la ejecución de su trabajo. Los cronistas son demasiado ingenuos, demasiado propensos a la hipérbole y a la fantas-

magoría y demasiado prevenidos contra los indígenas. Sólo por excepción enfocaron algunos problemas y fenómenos en forma aceptable a las exigencias de la ciencia moderna. En ellos predomina el afán narrativo sobre la explicación científica. Con todo, tienen el mérito innegable, junto con los escritores primitivos de diarios y relaciones y los historiadores, de haberse adelantado al nacimiento de la moderna ciencia etnológica y de haber acumulado los materiales con que ella se organizaría posteriormente en el mundo americano. La lectura de sus relatos y mucho más el empleo de los mismos, deben pasar por una criba severa.

Tienen el carácter de crónicas, aunque no lleven tal nombre, las narraciones espontáneas carentes de ordenación objetiva y de criterio histórico para distinguir unos hechos de otros. Los cronistas primitivos y de segundo orden abundan para todos los sectores americanos. Para México podemos nombrar a Hernán Cortés en sus "Cartas y relaciones de la conquista de México" y a Fr. Bernardino de Sahagún con su "Historia general de las cosas de Nueva España". Para Colombia a Fr. Pedro Simón con sus "Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales". Para el Perú, a Pedro Cieza de León, especie de Jenofonte de América, con su "Crónica del Perú". En este género no hay que pasar por alto, sobre todo si se toma en cuenta su sabor terrígeno, la "Crónica y buen gobierno" del indio boliviano Felipe Guamán Poma de Ayala (1526 - 1614) descubierta, vertida al castellano y editada por el sabio Arturo Posnansky.

B) — Los diarios de viaje.—Nacen en el contacto cálido y maravillado del Nuevo Mundo. El primero en iniciar este género literario sobre asuntos americanos fue Cristóbal Colón. En efecto, Colón recoge las impresiones continuas que siente ante la exhuberancia de la naturaleza americana y la sencillez adánica de los indios. Colón creíase predestinado por Dios para el descubrimiento y casi con delirio profético y mesiánico describe los lugares visitados por él, como si se tratara de los linderos mismos del paraíso terrenal. Colón mencionaba las costumbres indígenas, sus adornos, vestidos, formas de las casas, utensilios, especialmente las hamacas, las herramientas de trabajo, los medios de navegación (la canoa), la organización social, especialmente la subordinación de los grupos a un jefe (el cacique). Los indios a quienes trató Colón en su primer viaje eran los pacíficos Tainos y Siboneyes; a causa de esto, dio comienzo a la formación del mito de la bondad del hombre americano, mito que es recogido posteriormente en Europa por Rousseau y por Chateaubriand, el primero en la literatura política y el segundo en la novela romántica. Este concepto nuevo del

hombre primitivo tiene también importancia por cuanto aparece en la sociedad modelo de la "Utopía" de Tomás Moro.

Mejor suerte que Cristóbal Colón, quien olvidó publicar sus relaciones a raíz misma de sus primeros viajes, corrió Américo Vespucci. Este marino visitó el Nuevo Mundo en 1499 junto con Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa, levantó mapas y escribió relatos de las Guayanas inglesa y holandesa y de Venezuela. De regreso a Europa publicó su selección fechándola dos años antes (1497). Este relato fue conocido por el geógrafo de Lorena Wadsemüller, quien, creyendo que Vespucci era el descubridor, denominó al continente América, en honor suyo.

Los diarios de viajes vuelven a surgir en gran abundancia en el siglo XVIII con los ingleses y franceses (Frezier, 1713 y Vancouver, 1795), verdaderos precursores del barón de Humboldt, a quien hay que considerar como el fundador de la geografía científica, de las ciencias naturales y hasta de los estudios sociales en América. "La geografía, la astronomía, la minería, la botánica, la química, las costumbres y tradiciones históricas, el estado social y político, la naturaleza toda, en fin, de los países visitados, dice Nicolás García Samundio, fueron temas de análisis y estudio con las cuales dejó Humboldt las bases de aquellas ciencias en América". (1)

Humboldt, por otra parte, influyó personalmente en Bolívar, a quien persuadió, en París, de la madurez del Continente para la independencia. Más tarde en la correspondencia de Humboldt con el Libertador, recuerda sus conversaciones. La visita de Humboldt a América es una de las más fecundas en muchos aspectos. También Caldas, aunque por su genio no lo necesitaba, fue en parte estimulado por la presencia y amistad del sabio tudesco. El "Semanao del Nuevo Reino de Granada" contiene observaciones y comentarios sociales que valdría la pena ordenarlos con criterio sociológico. Caldas, por ejemplo, hizo una división de las clases sociales en la audiencia de Quito, que todavía conserva actualidad. "Hay, dice, tres clases: nobleza, estadio medio y plebe. La nobleza... vive ocupada en litigios o en el cuidado de sus haciendas y gran parte del tiempo en la inacción. El mestizo es el que comercia y la plebe la que sufre todo el peso de la labranza y el servicio de la ciudad".

En el siglo XVIII, la época de los viajes, de las misiones científicas a América, visitaron estas latitudes los famosos españoles Jorge Juan y Antonio Ulloa, quienes consignaron sus observaciones sobre geografía, náutica, administración y economía en dos libros: "Relación histórica del viaje a la América meridional" y "Noticias secretas de Amé-

rica". Este último libro fue un formidable estímulo para el surgimiento de las ideas emancipadoras. Por la crítica al régimen administrativo de España en las colonias, las "Noticias" fueron publicadas en Inglaterra.

Los diarios de viaje modernos difieren de las crónicas especialmente por su afán de comprensión y de interpretación de la naturaleza, del hombre, de la sociedad, de los recursos económicos, de las posibilidades en diversos aspectos y por la crítica de las costumbres y de los abusos del régimen administrativo. Los diarios de viaje, siempre que procedan de autores tan respetables como el conde de Keyserling o André Siegfried, pueden considerarse como sucedáneos de la sociología americana. Las "Meditaciones suramericanas" tratan, como lo advierte su autor, "las más importantes cuestiones, generalmente humanas, desde los abismos de la vida telúrica hasta las alturas del espíritu", pero todo esto a través de conceptos cósmicos, biológicos, psíquicos y sociales de nuestro continente, como la puna, el miedo primordial, la viscosidad del reptil, el destino, la sangre, la guerra, la gana, etc... Siegfried, autor de "Amerique Latine", se acerca casi a la forma didáctica del tratado de sociología americana. El medio ambiente geográfico, la economía, la vida política y la cultura están vistos a vuelo de pájaro, pero sin que por ello falten las anotaciones certeras y agudas. A lo menos, ha servido este diario a Luis Alberto Sánchez para escribir su ensayo de tono sociológico bajo el interrogante de "Existe la América Latina?".

C) — La historia de América.—La historia de América es todavía una aspiración. La investigación histórica no marcha parejamente con la trascendencia de la vida de los héroes y sus hazañas, ni mucho menos con la función de las instituciones y del pueblo, que también son sujetos de historia. La historia debe ser, tiene que ser ya en nuestro medio, tarea de sabios, de especialistas y no mero pasatiempo de diletantes. De la abrumadora cantidad de historias nacionales, de cuadros históricos, de semblanzas, de biografías, de monografías, sólo una mínima parte puede clasificarse como historia científica. El resto es leyenda, novela histórica de mala clase, fantasía. Nuestros historiadores son amateurs. Un sinnúmero de factores se interponen entre su deseo y la realización de su vocación. Hace falta una tradición cultural como aquella que en el siglo pasado, el siglo de oro de la historia, produjo esa pléyade de historiadores en Francia, Alemania e Inglaterra, que se llamaron Ranke, Mommsen, Michelet, Guizot, Thierry, Carlyle, Macaulay. Hace falta un entrenamiento científico y técnico previo que

ponga en manos del futuro historiador los instrumentos conceptuales, las direcciones o rumbos de investigación y los procedimientos de trabajo, y hace falta, asimismo, una concepción grandiosa del devenir humano en América.

La historia de América se ha escrito hasta hoy casi al azar. Ha estado supeditada al soplo de las ideas dominantes en Europa. Así, ha querido ser clásica tomando como modelos a César y a Salustio. Ha querido ser enciclopédica siguiendo las huellas del racionalismo francés. Ha intentado ser romántica con anhelo universalista. Ha intentado también, retorciendo la realidad de los hechos, aplicar la dialéctica marxista, y en nuestros días quiere ser, ya con cierto viso realista, historia social, como las de Ricardo Levene en Argentina; Ricardo E. Latchan en Chile; Natalicio González en Paraguay; Jorge Basadre y Luis E. Valcárcel en el Perú; Oscar Efrén Reyes en Ecuador; Julio César García en Colombia; José Gil Fortoul en Venezuela; Justo Sierra en México, etc., etc., que representan el nuevo sentimiento de comprensión humana y social de la historia, que promete ser fecundo. Si los anteriores limitan sus esfuerzos, como científicamente es aconsejable, a la formación de ciclos históricos nacionales, otros autores como Luis A. Sánchez y Carlos Pereira, se han aventurado a la historia general de América.

Sánchez es rico en insinuaciones, sugerencias y acopio de lecturas, pero aglomera demasiado los hechos, disminuye la perspectiva, no deja ver cada cuadro en su viva y abigarrada realidad. Pereyra cuida mucho de la forma didáctica, de la exactitud del dato, del principio doctrinal y de la concepción orgánica, pero se sustrae a la valoración sin reservas de lo autóctono. Da de espaldas a la historia precolombina. Entre el indigenismo y el hispanismo exagerados hay un justo medio contenido en la frase feliz: América debe comprender la conquista y España la independencia".

La historia de América escrita con criterio social como en el caso de Luis Alberto Sánchez y de Carlos Pereyra, representa un serio peligro para la sociología americana. La importancia capital que dichos autores dan a las instituciones, a las razas, a las clases sociales, a la economía, a la cultura, a las cifras demográficas, al delineamiento orgánico de las épocas y a la interdependencia del proceso histórico como un todo, aproxima demasiado la concepción de la historia de América a la sociología americana. Si no tuviera en mente el programa que se propone desarrollar la sociología americana, casi me atrevería a decir que el material de ésta ya se encuentra en aquélla y que el sociólogo no tendrá otro trabajo que ordenarlo con su propio criterio, con sus

métodos y objetivos. La historia social de América, a lo menos la de Pereyra, podría pasar por una "Historia de la cultura americana como sociología de la cultura americana". Y lo que en Pereyra permite algunas reservas, en el caso de la "Historia de la cultura en la América hispana" de Pedro E. Ureña, desaparece por completo. Recordemos aquí que Alfredo Weber concibió justamente la historia de la cultura universal como una sociología de la cultura, afirmando que no cabía más sociología científica que ésta, aunque posteriormente echara pie atrás.

Pero la historia de América, sea del matiz que fuere, no puede sustituir a la sociología americana. Entre las dos debe haber la relación que hemos indicado en "el deslinde de la sociología". La historia estudia hechos individuales, concretos, considerados temporalmente en forma irreversible. La sociología, en cambio, hechos generales y típicos. La profusa confusión de material historiográfico de la historia americana clama a voz en cuello una historia de la historia de América, que analice, clasifique, ordene e interprete los valores historiográficos, que sin duda los hay.

D) — El ensayo.—**El ensayo americano** y es hoy considerado como el precursor de la sociología americana, (**ha sido cultivado ampliamente por nuestros escritores**). El ensayo es un género literario que guarda afinidad con nuestro temperamento tropical, inestable, versátil y filonista. El ensayo es ágil, ondulante, variado, kaleidoscópico. En él toman parte por igual la inteligencia y la imaginación. El ensayista no necesita erudición ni hondura; le basta la información general, la intuición y la comprensión inteligente del tema de que se ocupa.

El ensayo en general, según Medardo Vitier, "es una composición en prosa (lo cual no es tan obvio como parece, pues en la literatura inglesa, sobre todo, hay piezas en verso que son y se titulan "essays"); su naturaleza es interpretativa, pero muy flexible en cuanto a método y estilo; sus temas, variadísimos, los trata el autor desde un punto de vista personal; la extensión, aunque fría, permite por lo común que el escrito se lea de una sola vez; en fin, las modalidades subjetivas del autor". (El ensayo americano", pág. 46).

Seguramente el ensayo tiene sus precedentes en la literatura clásica greco-romana. Ensayistas son, en cierto modo, Jenofonte, Platón, Luciano de Samosata, Séneca, Marco Aurelio, Plutarco y posteriormente, San Agustín en la literatura patristica. El ensayo como género literario, sin embargo, tiene origen moderno con Montaigne y Bacon. El escéptico francés es el maestro del ensayo en lo que concierne a la explo-

ración del yo. Sus ensayos nacen al compás de sus impresiones, lecturas y pensamientos. A través de ellos podemos seguir la geografía anímica del autor. La sinceridad con que descubre su yo le ha dado un permanente atractivo. Bacon por el contrario oculta su pathos, limitándose a poner por escrito, como buen inglés, sus especulaciones utilitaristas, sus preocupaciones por el progreso técnico y material. Después de Montaigne y Bacon, el ensayo se divulga por toda Europa, llegando a ser el género más copioso.

La literatura española de nuestro siglo y de fines del pasado es rica en ensayos. Los grandes ensayistas españoles son Angel Ganivet, Miguel Unamuno, Ramiro de Maeztu, Azorín y José Ortega y Gasset.

En el "Idearium español", Ganivet abre la revisión de la hispanidad como concepto cultural. Unamuno, con su sabiduría asombrosa, recorre todos los temas nacionales y universales, humanos y divinos. Para convencerse basta hojear sus ensayos más conocidos: "Del sentimiento trágico de la vida", "La agonía del cristianismo", o "Vida de Don Quijote y Sancho". Azorín se deleita en el paisaje español, con su galería de cuadros, de retablos de La Mancha o Castilla y de personajes ficticios y reales. De Maeztu revalora las magnas creaciones artísticas del genio hispánico: "La Celestina", "Don Quijote", y "Don Juan Tenorio"; pero además en su ensayo "La crisis del humanismo" (1916) echa un vistazo a la Europa desgarrada por las ideologías y hecha trizas por la primera guerra mundial. De Maeztu tiene el mérito formidable de ser el precursor de los grandes filósofos que hablan de la situación actual del humanismo en especial y de la cultura en general. Se adelantó genialmente a Nicolás Berdiaeff, el famoso autor de "Hacia una nueva Edad Media", a Spengler, el profeta laico de la "Decadencia de Occidente", a Maritain y a Belloc, los defensores ardorosos del retorno a un nuevo humanismo teocéntrico. Y José Ortega y Gasset, filósofo y estilista, es el maestro insuperable del ensayo de lengua castellana. "La rebelión de las masas", las "Meditaciones sobre el Quijote" y especialmente los "Estudios sobre el amor", comprueban el calibre de Ortega como maestro del ensayo. Historia, política, sociología, artes, filosofía, todo lo que afecta de inmediato la vida social o individual encuentra en Ortega y Gasset un disertador comentador. Ortega ha sido capaz de disertar con tanta habilidad y certeza, ya sobre las abejas del paleolítico, ya sobre un cocktail newyorkino.

El ensayo hispanoamericano no le pide favor al español. Tiene un fondo bien definido: la succulenta temática del Continente, desde sus transformaciones cósmicas hasta las fulguraciones del arte, pasando por

los períodos históricos en que se hacen y deshacen pueblos y civilizaciones. Nuestro ensayo discute todos los problemas vitales hispanoamericanos: el medio geográfico, las razas, la historia, la cultura, el acontecer político, la economía y la sociedad.

En el ensayo americano hallamos nombres que con sólo pronunciarlos se evoca un período histórico, una tendencia doctrinal, una ideología, o un problema de hondas raíces humanas. A ese raro linaje de hombres pertenecen Sarmiento, Montalvo, Eugenio de Hostos, Mariátegui, Vasconcelos, Carlos Arturo Torres, López de Mesa, Enrique Hureña entre muchos otros más o menos meritorios.

Sarmiento es un hombre de acción y a la vez un pensador por temperamento. Es hombre de acción en la lucha por el mejoramiento patrio, cuando toma parte en la vida política, como ciudadano, maestro de escuela, soldado, caudillo, gobernador, y presidente de la república Argentina. Y es pensador, cuando penetra con su inteligencia en la realidad social circundante para comprenderla primero y luego para divulgarla con su pluma. Entre sus mejores obras de contenido social figuran "Facundo", "Recuerdos de provincia" y "Conflictos y armonías".

Montalvo se anticipa al ensayo en América y España. Escritor un tanto arcaizante, de puro castizo, prefiere la palabra tratada en vez de ensayo. Los tratados montalvinos, sin embargo, son verdaderos ensayos tanto por la temática universal como por el estilo fluido, abigarrado, ligero. Montalvo recuerda a los grandes ensayistas europeos: Montaigne y Bacon; Addison y Steele. De los dos últimos hasta toma prestado el título mismo de "El Espectador", que dio a una parte de sus ensayos periodísticos. Como Ortega en nuestros días, Montalvo en su "Espectador" recoge y comenta el suceso, el libro o el personaje del momento. La temática de Montalvo es más cosmopolita que nacional y más universal que americanista. Brota el tema del indio con energía, pero no lo aborda con detenimiento. Brota el tema de la emancipación americana y se desvía por el atajo fácil de la retórica romántica. Lo americanista de Montalvo hay que buscarlo más bien en su recia personalidad de demócrata y en su fuerza insuperable de panfletario. El americanismo de Montalvo está en su actitud política frente a las formas de gobierno que combatió y derrumbó con el ímpetu enconado de su pluma.

Eugenio de Hostos nació en Puerto Rico, pero después de estudiar en España, residió en Santo Domingo, Chile, Perú y casi todos los países hispanoamericanos, donde observó el desarrollo social y político, a la vez que iluminó con sus ideas pedagógicas, jurídicas y sociológicas

a la juventud contemporánea. De Hostos es un hombre continental insigne por su sentimiento de americanidad y por su servicio desinteresado a nuestra cultura.

"Sus estudios sobre Chile y Perú (vol. VII, Obras completas), dice Medardo Vitier, son ensayos sociológicos donde la historia, la geografía, las instituciones de estos países, contribuyen a iluminar las ideas del escritor. Estos dos trabajos ponen de manifiesto la extraordinaria información de Hostos y lo detenidamente que meditó en los temas sudamericanos". (3).

Hostos, en realidad es un precursor de la sociología americana. Además de los trabajos de observación directa y vivida, Hostos escribió una "Moral social" de sólido tono comtiano. Su pensamiento sociológico empalma con los primeros conatos de aclimatación del positivismo científico en nuestras incipientes investigaciones en el campo social, especialmente jurídico y moral.

José Carlos Mariátegui, peruano, es autor de "Siete ensayos". Mariátegui encarna una trayectoria iniciada por Manuel González Prada y continuada por Víctor Haya de la Torre. Aunque Mariátegui llama ensayos a sus escritos sociológicos, ellos lindan más bien con la monografía científica. Abarca un período demasiado denso y complejo para ser analizado por el ensayo, y enfoca una serie de problemas que rebasan la medida del ensayo. En Mariátegui, además, no priva el gusto literario y la forma estética, sino la preocupación ideológica. En efecto, con criterio marxista declarado, analiza y discute Mariátegui la realidad social económica y política de su país, tratando de aplicarla como única solución posible, la panacea de la dominación proletaria.

Qué estudia y discute Mariátegui? Estudia y discute la demografía, las razas, las clases sociales, la historia incaica, colonial y republicana, la economía en sus distintas etapas, el gamonalismo, el feudalismo, la educación y sobre todo, la farsa de la democracia en un país esencialmente gamonal y feudal. Ocupa lugar central en su estudio el problema del indio, pero no en su forma vaga, sentimental y mercenaria que le dan los filisteos de todos los colores, sino en su forma concreta, viva y arrogante. El procedimiento de investigación de Mariátegui es efectivo. La deficiencia de su estudio está en su ideología más que en su procedimiento.

Carlos Arturo Torres es un ensayista culto, menos leído y conocido de lo que debiera ser. Merece una completa valoración y divulgación. Su estilo, como a su tiempo lo anotaron José Rodó y Francisco García Calderón, es uno de los más cuidadosos de la lengua española. A

menudo, su estilo se vuelve exquisito, lírico y evanescente. Su pensamiento ha explorado todos los campos del saber. A su fina cultura literaria añade conocimientos y lecturas atentas de psicología, política, sociología, historia, arte y filosofía. Los nombres de Taine, Bergson, James, Comte, Tarde, Marx, Carlyle, Nietzsche, Renán, Bourget, le son familiares y los cita con certera intuición.

Desde su sitial de ciudadano colombiano y de hombre de América, Torres examina los males sociales que han azotado nuestra existencia histórica a través de los avatares políticos en casi un siglo de independencia. Analiza concretamente el desgarramiento político de Colombia, pero sin perder de vista el resto de la América hispana, donde se adolece del mismo mal y los síntomas de la enfermedad son más o menos iguales. El análisis que hace Torres es objetivo y científico, por más que lo vele con todos los matices de la gama literaria.

Qué problema preocupa desveladamente a Torres? Nada menos que el problema de las guerras civiles y de la anarquía a que conduce con frecuencia la democracia. Pero para contemplar el problema en toda su extensión y magnitud, Torres examina fríamente las vicisitudes de la opinión pública y de las instituciones en general. El título del libro anuncia ya un problema sociológico. Torres sería hoy un adicto de la sociología del saber. Esta rama especial de la sociología arranca justamente del punto de partida de Torres, es decir, de la "Teoría de los ídolos" de Bacon. Los prejuicios inherentes a la naturaleza humana, al lenguaje, al intercambio social y a las ideologías o doctrinas filosóficas sin respaldo en la realidad omnubilan la inteligencia humana, haciéndole más ardua y lejano el camino de la verdad.

Torres elige los "ídolos del foro", esto es, los prejuicios procedentes de la asociación humana, pero no es indiferente a los demás ídolos. Entre los "Ídolos de Foro", el sentimiento partidista, sectario, fanático, es uno de los más funestos. Torres dice con razón que "en las democracias americanas el espíritu de partido ha sido el Moloch ebrio de sangre ha quien se le ha ofrecido a torrentes el rojo licor". (4).

En cuanto a los demás ensayistas precitados, preferimos tratar de ellos directamente en la historia de la sociología en América, puesto que su obra gravita en parte, en torno de la ciencia sociológica. Vasconcelos, por ejemplo, y dejando a un lado otros de sus ensayos, pone en "Bolivarismo y monroísmo", las bases de un programa de sociología americana. López de Mesa, a su vez, puede considerarse como el más alto bastión del pensamiento sociológico del Continente, y Enríquez Hurreña nos ofrece en cierta manera un excelente esquema de la sociología de la cultura americana.

E) — La Sociología americana en la novela.—Nuestra novelística puede ser objeto de estudio desde distintos puntos de vista: histórico, artístico, y sociológico. Pero aún así, la novelística americana puede considerarse como un documento de interés social o como expresión artística de valores sociales. En este aparte vamos a considerarla como documento, dejando el problema de la expresión para el capítulo titulado "Sociología de la cultura americana".

En primer término, nuestra novela plantea el problema inicial de su existencia. Existe la novela americana? Críticos de algún rango han contestado negativamente. Manuel Ugarte, por ejemplo, dice rotundamente: "No hay novela americana. La novela es un género que nace en las naciones constituidas. Las nuestras se hallan en nebulosa; son aptas para la lírica, tienen pasión para escribir historia, pero les falta la visión serena que la novela exige. Hay novela francesa, novela rusa, novela inglesa, novela española, pero no la hay norteamericana porque no hay alma norteamericana. Lo mismo podemos decir de nuestra novela de hispanoamérica... Nuestra novela es odiosamente verbosa. La síntesis aparece tarde en los pueblos. En nuestra novela, los personajes todos hablan por boca del autor, sin diferenciarse... Desde el principio hasta el fin, en lo que llamamos novela, aparece un domine que trata de convencernos de algo, que se plantea una tesis y que la va desarrollando. Uno ha escrito la novela de la jungla; otro de la pampa; el otro, la novela de los diamantes. Los temas abundan, pero no vemos el novelista; vemos los personajes cerca, pero no se les ve el fondo, les falta perspectivas..." (5).

Tiene razón Ugarte? Creo que no. Si la novelística a que se refiere Ugarte es la que floreció con su generación, es decir, la novelística fraseológica, grandilocuente, amanerada de Gómez Carrillo, Vargas Vila, José María Ocantos, Blanco Fombona, José María Reyles, etc., tiene razón, porque a pesar de que esa novela se calificó a sí misma de sociológica, carece en absoluto del contenido que dicha clase de novelística demanda. Pero si Ugarte se refiere a toda la novelística americana, como se desprende de sus propias palabras y entonación, está equivocado de medio a medio. La novela americana, así lo reconocen los críticos más exigentes, ha llegado en los tres últimos decenios, al momento de la auto-revelación y universalidad. Hoy, sí existe una verdadera novela norteamericana. Y en cuanto a la novela hispanoamericana, conviene hablar con más cuidado y responsabilidad y sin generalizar demasiado. El error de Ugarte, en este caso, es la generalización precipitada. Desde los albores de la vida republicana y a lo largo de la misma, como un corolario de las luchas sociales que tomarán a veces

tintes catastróficos, se ha fraguado esporádicamente una novelística de altos quilates, como puede comprobarse por esos jalones de verdadera novela sociológica, que se llaman "Facundo", "Martín Fierro", "Tabaré", "Los sertones" y aún la "María" de Isaacs. Y lo que antes era brote esporádico se ha transformado en nuestro tiempo en movimiento consciente y organizado; nuestra novela es hoy un hecho irrefutable. Resumamos lo más conspicuo. Mariano Azuela en "Los de abajo" (1916), José E. Rivera en "La vorágine" (1924), Rómulo Gallegos en "Doña Bárbara" (1926), Rangel en "El infierno verde", Alcides Arguedas con "Raza de bronce", Jorge Icaza con "Huasipungo", Arias Trujillo con "Rizaralda", Ciro Alegría con "El mundo es ancho y ajeno"; elevan a la representación estética lo auténticamente nuestro, es decir, la tierra, la selva, la vida instintiva, primordial, y el duelo racial entre el indio y el blanco, el indio y el mestizo, el negro y el blanco. América aparece a través de la novela como un laboratorio sociológico.

El "Facundo" de Sarmiento desarrolla un programa sociológico concreto: el ambiente físico, un tipo americano determinado, la lucha entre la campaña y la urbe o lo que es lo mismo, empleando las palabras del autor, la "lucha entre la civilización y la barbarie". Sarmiento vierte en su novela todas sus observaciones y lecturas de sabor sociológico intenso, además de recoger en forma inmaculada el rico folklore gaucho.

"Lo que podemos llamar el esqueleto doctrinario del libro, dice Raúl Orgaz refiriéndose al "Facundo", estaría constituido en primer término, por la concepción axil, verdadera espina dorsal de la obra, del duelo entre la civilización y barbarie; además, por el influjo del medio geográfico en los sentimientos, costumbres y hábitos nacionales, por la teoría del caudillo, por temas de Morfología social y Psicología social. Por último, conviene detenerse en ciertos aspectos secundarios —si se atiende a la brevedad de las referencias— pero importantes por su raíz filosófica, como son los que atañen al optimismo histórico y a cierto intelectualismo sociológico que se percibe en el libro al lado del historicismo". (6).

En "Los sertones" de Euclides da Cunha, se advierte la inauguración vigorosa de las descripciones de las fuerzas telúricas y ambientales que determinan la vegetación y fauna americanas y modifican ostensiblemente a los inmigrantes europeos o africanos. El medio geográfico exige de modo inexorable la adaptación o la muerte. En la lucha épica con la naturaleza, los colonos terminan por vencerla, pero no sin antes convertirse en un elemento importante del desierto, la mon-

taña o la selva. La flora y la fauna americanas ostentan una fuerza primitiva arrolladora que asecha al hombre constantemente. Si se descuida, lo vuelve trágico en las páginas de "La Vorágine" o de "El infierno Verde". La selva es rumor, sombra, evaporación, torta macabra de vida en germinación, misterio, sopor. En un sentido hondo y cósmico, se puede aceptar para el Continente americano la parodia de Arias Trujillo: "En el principio era la selva".

Lo auténtico de la novela americana y de su bagaje sociológico está en la descripción del medio y en la representación de los tipos humanos saturados de telurismo. Con ello, la novela abre una etapa inicial de rodeo y asedio a la que habrá de seguir otra de interiorización, de toma de posición consciente y madura, de actitudes psicológicas y morales, de concepción del mundo (*Weltanschauung*). Tras de la novela de tipo biológico habrá de venir la novela de tipo social y psicológico. Pero a pesar de lo incipiente, su aporte a la sociología es abundante e ilustrativo. Nuestra novelística nos presenta ya con mano maestra el ciclo de los tipos biológicos elementales, el indio y el negro, principalmente.

El ciclo novelístico del indio comienza con "Raza de Bronce" del boliviano Alcides Arguedas; pero sólo alcanza perfil continental inconfundible y resonancia universal, con "Huasipungo" de Jorge Icaza. Repentinamente, de un salto, Icaza logró una concepción y ejecución genial de la novela indigenista. Su obra es ahora tan reconocida por la crítica literaria y por las ideas sociales, que sobra todo encarecimiento. La ruta de Icaza ha sido seguida por muchos otros novelistas hispano-americanos y algunos con éxito, como el peruano Ciro Alegría.

Ciro Alegría no descubre nada nuevo en la dimensión humana del indio, pero capta detalles sociales de gran valor para el pensamiento sociológico. Su novela, "El mundo es ancho y ajeno", toma como asunto la desaparición de la "comuna indígena" a los golpes alevés del gamonalismo sediento de riquezas. El material sociológico manejado por Alegría es rico y copioso; reduce el folklore en todas sus formas y matices y relampaguea también de vez en cuando, el pensamiento profundo. Así, por ejemplo, el indígena Rosendo Maquí, alcalde de una comuna, recuerda, frente a la injuria y opresión del blanco, algo que ha oído a sus antepasados y hace un razonamiento, acerca de lo que es el derecho, digno de un personaje de Sófocles. Psicológicamente, el problema está bien concebido porque el hombre tiene ante el agravio y la opresión, el vago sentimiento de la justicia eterna, y la consiguiente protesta contra el derecho injusto. "Cada día, dice Rosendo Maquí en sus cavilaciones, pa pena del indio, hay menos comunidades. Yo he

visto desaparecer a muchas arrebatadas por los gamonales. Se justifican con la ley y el derecho. La ley! El derecho! Qué sabemos de eso? Cuando un hacendado habla de derecho es que algo está torcido y si existe ley, es sólo la que sirve pa fregarnos. Ojalá que a ninguno de los hacendados que hay por los linderos de Rumi se le ocurra sacar la ley. Comuneros, témanle más que a la peste". (7).

El ciclo novelístico del negro encuentra su máxima expresión en "Rizaralda" de Bernardo Arias Trujillo y en "Juyungo" de Adalberto Ortiz. Ambas novelas describen con crudo realismo el pathos negroide y el medio ambiente tropical que les sirve de escenario. Constituyen la tragicomedia de los núcleos indómitos de una raza primitiva, selvática, cruel, pero a la vez, frívola y expansiva hasta el delirio báquico. El negro esclavo se adaptó a la vida civilizada y compartió las penalidades de las clases no favorecidas por el rango y la fortuna. El negro cimarrón, en cambio, retornó a la selva y allí desarrolló un sistema social semibárbaro con todos sus elementos peculiares: el derecho del más fuerte, la economía de agricultura inferior, la superstición y el arte embrionario sintetizado en la danza.

Arias Trujillo aborda en "Rizaralda" un fenómeno típicamente exclusivo del choque de dos razas fuertes; la una, por la superioridad de la razón y la técnica, y la otra, por obra de la sobreabundancia de energía biológica. El negro acudió siempre que pudo a la revuelta sangrienta contra el amo y a la fuga hacia regiones inhóspitas para el blanco. En la conquista primero y más tarde en el desequilibrio de las guerras emancipadoras y en el caos del caudillismo separatista, varios núcleos negroides en distintos sitios de América huyeron a la selva, donde abandonados a sus propias fuerzas y a los recursos materiales establecieron nuevas sociedades. "Rizaralda" es la novela de la fuga del negro. Capta en forma auténtica la organización negroide típica, la negroocracia", como la llama Arias Trujillo. Y en realidad, esa negroocracia está pintada al desnudo: actos de sadismo increíble, promiscuidad sexual eventual y amor libre elevado a institución, creencias supersticiosas de toda índole, costumbres híbridas y efusión vital.

Entre los elementos folklóricos típicos, bien empleados por Arias Trujillo, ocupan lugar central las danzas: el bambuco y el currulao. Después de una descripción maestra del bambuco, Arias Trujillo lo califica como baile de pureza, inocente y cordial como una declaración de amor. Y después de una descripción del currulao apunta la reflexión siguiente: "Así como el bambuco es baile casto que sugiere idilio, el currulao es danza sensual que quiere decir posesión y entrega. Es-

talla la algarabía, dan gritos guturales, redoblan sus ruidos los tambores y en el tablero de hule de sus rostros hay una fulguración de risas africanas". (11 ed. pág. 49).

"Juyungo" es la historia de un negro, de una isla y otros negros. Sirve de escenario la provincia de Esmeraldas, región paradisíaca en plena línea ecuatorial y abierta al océano Pacífico. Desde los días de la conquista española, Esmeraldas es el hogar de negros cimarrones. Allí se aclimataron y multiplicaron lejos del esclavismo inhumano. Pero el aislamiento, la incivilidad, el primitivismo, les hicieron recaer en las redes del blanco. El politiquero y el filisteo se han servido de los negros esmeraldeños como instrumento eficaz para el logro de sus fines egoístas. El olvido oficial, la ignorancia y la pobreza, le consumen. Sobre el negro también pesa el desprecio del blanco. Pero el negro no siente el fatalismo del indio. Racial y psicológicamente distinto de éste y además en un ambiente que le incita a la temeridad, el negro empieza a despertar. Su situación geográfica frente al Océano le pone en contacto con el mundo entero y su ausencia de tradición le hace permeable a las ideas subversivas. Es temperamentamente susceptible a la venganza. "Juyungo", debido a esas circunstancias y a las ideas políticas de su autor, es una novela de intención socializante. El jurado calificador se expresó más o menos en los términos siguientes: "Novela poemática y de contenido social, llena de la hermosura de las selvas y de los ríos de Esmeraldas, de técnica y argumentación originales, además de una obra de arte, un patético documento sociológico arrancado a un tópico sugestivo de realidad ecuatoriana".

La novela de costumbres representa igualmente un valor auténtico de documento sociológico. Por camino semejante anda la novela de ciudad y de crítica social, aunque no haya encarnado todavía en verdaderas obras de arte. También la novela de tesis política empieza a dar frutos promisorios.

3 — Historia de la Sociología en Hispanoamérica.

En este punto podemos prestar atención, primero, a la influencia de las corrientes sociológicas europeas en Hispanoamérica y a los sociólogos hispanoamericanos más representativos, y segundo, a la formación de la Sociología americana y a sus autores más prominentes.

La Sociología hispanoamericana es desde su origen hasta nuestros días un reflejo y prolongación—a veces afortunada—de las corrientes y orientaciones sociológicas europeas. En Sociología, como en mu-

chos otros campos de la cultura, la tutela europea es absoluta. Dicha tutela se explica y justifica en parte por razones históricas obvias: La filiación occidental de nuestro acervo cultural y en parte por nuestra negligencia y organización social y educacional deficientes. Mientras no favorezcamos la investigación pura e impulsemos sin escrúpulos a los hombres capaces para ello, andaremos siempre en achaques científicos, técnicos y culturales, sometidos a las doctrinas foráneas. La ciencia, la técnica y la cultura en general, no nacen por generación espontánea. Hay que incubarlas tesoneramente en el estudio desvelado, en la investigación paciente y en el trabajo prolijo de laboratorio.

Históricamente, nuestros países pasaron durante todo el siglo XIX por conmociones sociales intensas que obtruyeron su desenvolvimiento demográfico, social, económico, político y educativo. Después de la Emancipación, que dejó pueblos exhaustos, siguió el período del caudillismo que por poco dio al traste con la obra titánica de los libertadores y al caudillismo siguieron las discordias intestinas y las torpezas en el campo de la agricultura, en el comercio, en la industria, la asistencia social y la cultura. Los pueblos hispanoamericanos derrocharon su energía, tiempo y bienes en luchas fratricidas y en discusiones hasta cierto punto bizantinas, en vez de atender a las necesidades primordiales del hombre. De ahí, la reducción y limitación de la cultura a círculos mínimos y el atraso general en el ritmo del progreso respecto de los países más adelantados de Europa. Por otra parte, el curso de las ciencias y la cultura entre nosotros ha estado supeditado inexorablemente al predominio de las ideas y tendencias políticas.

La sociología en Hispanoamérica sigue las huellas de las orientaciones sociológicas europeas y adolece de los mismos vaivenes de la historia del pensamiento occidental. Todas las obras de nuestros sociólogos, meritorias por muchos conceptos, están concebidas y escritas según los moldes europeos. Las primeras inquietudes por la Sociología aparecen acá a fines del siglo pasado. Casi coinciden con el momento de efervescencia científica en Europa, pero quedan limitados a círculos reducidos. Las tres cátedras de sociología más antiguas en nuestro continente son la de Boston (1883), la de Buenos Aires (1896) y la de México (1897).

La difusión de la Sociología, la instalación de cátedras, la publicación de textos, de trabajos monográficos, de revistas especializadas y en general, la consolidación del interés por los estudios sociológicos, sólo viene a ser una realidad en lo que llevamos del presente siglo. Cada año urgen nuevos investigadores y ven la luz nuevas publicacio-

nes dignas de encomio. Correspondiendo a una necesidad inaplazable de análisis y conocimiento de nuestra realidad humana, el movimiento de interés sociológico se torna más consciente y fecundo.

En la historia de la Sociología en Hispanoamérica han influido en tiempos sucesivos y en grado desigual el positivismo, el evolucionismo y organicismo spenceriano, el psicologismo de Wundt, el sociologismo de Durkheim, el individualismo de Tarde, el formalismo de Simmel y la filosofía alemana contemporánea, esto es, la teoría de los valores de Max Scheler, la filosofía de la cultura de Hans Freyer y el análisis existencial de Martín Heidegger. Con frecuencia, las distintas orientaciones anotadas encuentran una acogida entusiasta que las funde en una síntesis personal. Como la pormenorización de estas influencias resultaría muy extensa, preferimos concentrar el interés en los sociólogos más conspicuos y a la vez influyentes, como son Mariano H. Cornejo, Antonio Caso, Fernando de Azevedo, Pontes de Miranda Djaïr Menezes, Roberto Agramonte, Alfredo Poviña y los españoles radicados en América, José Medina Echavarría, Francisco Ayala y Luis Recasens Siches.

Mariano H. Cornejo (n. 1868) es el decano de los sociólogos en América. Como un acto de reconocimiento de sus méritos altísimos fue elegido en 1928 presidente del Instituto Internacional de Sociología. Su "Sociología general" (2 tms.) lleva varias ediciones castellanas y una en francés.

Cornejo prueba en su obra una sólida cultura filosófica y científica. Ha tenido la capacidad mental de asimilar a perfección las distintas escuelas sociológicas en boga —positivismo, organicismo, psicologismo— y los conocimientos accesorios y la capacidad creadora para fundir un vasto material en una síntesis completa.

Ningún otro sociólogo en nuestro medio ha superado el esfuerzo de Cornejo. Y si hoy su obra no resiste a la crítica ni se mantiene en pie en su totalidad, no es por culpa de su autor sino de la rápida transformación del pensamiento científico y de las nuevas concepciones del mundo. El positivismo y el psicologismo han sido desplazados como actitudes y aún como métodos exclusivos de investigación científica por actitudes más científicas y métodos más adecuados a las distintas esferas de la realidad.

En general, la sociología de Cornejo se ajusta a la concepción naturalista del hombre y la sociedad. En la introducción pesa el proceso de formación histórica de la sociología y hace un esbozo del evolucionismo cósmico de Spencer. En la "Sociología general" parte del ori-

gen del hombre y avanza hasta el estudio de las configuraciones culturales. El problema del origen del hombre está hoy fuera del campo sociológico porque conviene más bien a la Antropología científica. Cornejo, como casi todos los sociólogos contemporáneos suyos, recogía el material antropológico por ser entonces "tierra de nadie". La Antropología sólo ha logrado categoría científica con Franz Boas, Paul Rivet y los discípulos de estos. También la sociología genética ocupa un lugar accesorio, a lo menos así lo consideran sociólogos de prestigio, entre ellos Gurvitch. Desde ese punto en adelante, la sociología de Cornejo entra en un campo más afin al de la sociología actual. De acuerdo con su tendencia doctrinaria, examina los factores intrínsecos y extrínsecos de la sociedad. No establece distinción entre condicionante y factor. En los capítulos dedicados a la imitación, la división del trabajo, la guerra, el lenguaje y los productos culturales, recoge las conclusiones de Tarde, Durkheim y Wundt. En lo relativo al matrimonio y la familia adopta con bastante dominio la teoría de Lewis H. Morgan, expuesta en "La sociedad primitiva". Y en lo relativo al lenguaje, el mito, la religión, las costumbres y el derecho, se inspira muy de cerca en "La psicología de los pueblos" de Wundt.

La sociología de Cornejo no puede aceptarse sin previas enmiendas y añadiduras. Su valor científico actual es mínimo; no así su valor histórico puesto que representa un producto cultural correspondiente a una etapa del progreso de las ciencias, en especial de las ciencias sociales. En su obra sobran muchos problemas y hacen falta otros. En detalle, en cambio, hay elementos perdurables.

La sociología de Antonio Caso (1883-1946) no ha sido todavía analizada en forma imparcial. El elogio de sus amigos y la crítica resentida de sus enemigos quedan fuera de concurso. Una obra científica no puede ser medida desde el punto de vista afectivo.

La "Sociología" de Caso (tercera ed. Méx. 1939) consta de dos partes: a) Sociología genética y b) Sociología sistemática.

Su concepto de la sociología no se ha formado al azar de lecturas sino en el estudio asiduo de los grandes maestros del pensamiento sociológico. "Hoy, dice Caso, la sociología abdicó ya definitivamente de su actitud organicista, materialista, ahistórica. Es, por confesión de sus más ilustres representantes, ciencia humana, psicológica, aun cuando no exclusivamente psicológica".

Para Caso, los fenómenos sociales son una síntesis de fuerzas biológicas y mesológicas, de factores psicológicos y también nítidamente espirituales. El hombre y la sociedad no llevan una existencia aisla-

da, sino armónicamente ensamblada en el fenómeno universal de la vida, con el planeta sobre el cual se mueve y con el universo entero. Invade su concepción un soplo telúrico y cósmico. Ello quiere decir que no obstante su aparente naturalismo, guarda independencia frente al positivismo comtiano, al materialismo dialéctico y al organicismo spenceriano. El hombre y la sociedad emergen con pujanza del seno de la naturaleza para florecer en civilización, en historia y en espiritualidad. Sólo sobre la conciencia del hombre se agita el pensamiento reflexivo y los valores.

Consecuente con su concepción del universo, Caso no limita el fenómeno de la sociedad al hombre, sino que la extiende a las formas primarias de la vida, principalmente, a los artrópodos. Establece un paralelo entre el trabajo de las agrupaciones animales y la industria de los hombres. La diferencia, sin embargo, es fundamental. "Nuestras sociedades, dice, son progresivas sin término". Y la de los insectos es estereotipada e impropresiva.

Las sociedades humanas, según Caso, tienen como premisa al homo faber. La inteligencia humana se ha agudizado, se ha adiestrado y perfeccionado gracias a la mano del hombre y a su facultad de fabricar instrumentos.

Inspirado en la teoría energética de la sociedad de Lester Ward, expone Caso en los capítulos cuarto y quinto, la génesis y plasmación de las sociedades humanas. Caso sentía seguramente, —como el patriarca de la sociología norteamericana,— la necesidad de salvar el hiato entre el orden de la naturaleza y el de la sociedad, y no encontró para ello otro principio universal que el de la energía. El mundo físico, el biológico y el social, según él, están regidos por fuerzas y leyes que se coordinan y plasman unidades maravillosas. "En el mundo social, escribe Caso, coinciden toda especie de energías: físicas, químicas, biológicas y psicológicas. La sociedad es un complejísimo movimiento energético que a cada instante se desarrolla en formas nuevas, en organizaciones y estructuras antes insospechadas".

La familia, la tribu, el estado y los productos netamente culturales como el lenguaje, las costumbres, la religión, el arte, la ciencia y la filosofía, vienen a ser el resultado de fuerzas biológicas y de factores psicológicos y sociales en perpetua acción. Así, la guerra desempeña el papel de fundir nuevos ritmos y estructuras. Con Heráclito, habría que repetir que "la guerra es madre de todo". En el desenvolvimiento de esas fuerzas, las sociedades aparecen como el sujeto activo de cambios económicos, como el protagonista de la historia política y como el creador de órdenes jurídicos y de constelaciones culturales. El estado, para

Caso, es la máxima unidad social. "Todos los estados han surgido de conquistas sangrientas y sabemos que el estado es la condición sine qua non de la prosperidad y el desarrollo de la civilización".

La segunda parte, o "Sociología sistemática", contiene sin subdivisión alguna, problemas de sociología general y de lo que hoy se designa con el nombre de sociología real y sociología cultural. Caso muestra en su exposición un amplio conocimiento científico y una clara distinción de los fenómenos sociológicos que tienen como fuente los instintos (nutrición-economía; reproducción-familia; poder—historia política) y de las creaciones culturales que emanan directamente del espíritu (religión, arte, ciencias, etc.).

Reacio a todo determinismo, Caso no admite las teorías que pasan por alto o niegan abiertamente lo específico de los fenómenos sociales y de las fuerzas psicológicas y espirituales. Tanto en los fenómenos de interacción social (microsociología) como en los de estructuración y relación (macrosociología) reconoce la presencia de causas y factores liberados en cierto grado de la férrea dependencia ambiental y biológica.

El dominio de las ciencias de las sociedades humanas que poseía Caso, hay que buscarlo en su concepción total y no en el detalle aislado. Desde los años de formación y aún de madurez de Caso a esta parte, la sociología ha renovado y vitalizado su cuerpo de conocimientos respetando y dejando intactos los principios inalterables. Caso vivió hasta el fin atento al movimiento sociológico y previó la nueva orientación que tomarían las interpretaciones de los hechos sociales.

Juzgamos acertada su comprensión de los problemas capitales de la sociología cultural. "La cultura, dice Caso, es todo cuanto el hombre ha agregado a la naturaleza. Todo ello es obra del individuo, pero no aislado sino referido a la sociedad. La familia no es sólo la unión sexual sino una relación social, esto es, un fruto de la conciencia de la especie; la solidaridad económica es también una relación social, esto es, un hecho psicológico, fundamentalmente; la guerra, igualmente, es un fenómeno moral, un resultado de la simpatía dentro de cada grupo beligerante, y el estado y el derecho son por excelencia, relaciones sociales que influyen en la nación y el patriotismo" (9).

Antonio Caso tuvo convicción en sus ideas y fe en su credo social que ensalzaba sobre todo la perfectibilidad moral del hombre y el señorio de los valores del espíritu: "Lo único valioso y pleno de sentido, dice, es la vida personal".

La sociología en el Brasil tiene una larga y brillante tradición. Se inicia en el último tercio del siglo pasado con la instauración de la

escuela positivista. Sigue luego una trayectoria ininterrumpida que permite la formación de un ambiente científico propicio al florecimiento de las investigaciones sociales. Hoy está representada por un equipo de investigadores y pensadores entre los cuales merecen atención por haber rebasado las fronteras nacionales, Fernando de Azevedo, Pontes de Miranda, Djacir Menezes.

Fernando de Azevedo (1894 n.) es autor de varias obras. Su libro "Principios de Sociología" contiene cinco partes en las cuales analiza y explica los hechos sociales y la noción de sociedad, la historia de la sociología, las escuelas sociológicas desde el punto de vista del método y la explicación de los hechos sociales. En líneas generales, Azevedo parece inspirarse directamente en la obra del sociólogo francés René Maunier.

La obra principal de Azevedo es "Sociología de la educación". En el primer capítulo, titulado "Qué es sociología y qué es sociología de la educación", desarrolla en apretada síntesis una concepción diáfana y firme de la realidad social en toda su extensión y profundidad. A través de esta síntesis, como en el resto de su obra, podemos adivinar fácilmente el itinerario de su pensamiento y la estructura de su doctrina. Azevedo sigue las huellas de Durkheim y su escuela con bastante fidelidad, pero aportando a la vez, sagaz y oportunamente, sus propias observaciones, ideas, puntos de vista y conclusiones. No es por demás, decir que posee, además de su formación durkheimiana, una vasta y bien cimentada cultura científica y filosófica.

Sin un ápice de duda ni vacilación, Azevedo defiende el carácter científico de la sociología y la peculiar originalidad de los hechos sobre los cuales versa. La sociología, según él, es una ciencia que, sin ser ajena a los métodos, a la estructuración y a los resultados de las otras ciencias, sean naturales o sociales, emplea con entera autonomía sus propios métodos, describe sus hechos, formula sus leyes y estructura su contenido. Ni la física, ni la química ni la biología deben interferir su radio de acción porque ella está abocada independientemente a una realidad superior al mundo de la materia y aun de los seres vivos. La superioridad de la esfera social invalida la eficacia de los métodos ajenos a su propia naturaleza. De ahí el fracaso del físico o del biólogo en su empeño de conocer y explicar la realidad social en términos de su especialidad.

"Cada sistema de ciencia supone, dice azevedo resumiendo a Emile Boutroux, postulados que le son propios. Si los planos que comprende lo real se condicionan sin que el inferior baste a explicar por completo al superior, el mundo físico y el mundo biológico pueden con-

dicionar lo social —lo que no impide a lo social, como tal, el gozar de una independencia verdadera y escapar a un determinismo físico o biológico, en todo caso materialista, para someterse a leyes que le son propios". (10).

La sociología es una ciencia total; abarca toda la realidad social. Pero como esta realidad es tan vasta y compleja, se hace necesario la formación de ramas sociológicas especializadas en sectores definidos y concretos, por ejemplo, los hechos demográficos, los económicos, los artísticos, los religiosos, los morales, los jurídicos y los educativos. No se trata, sin embargo, de invadir el campo de las ciencias sociales particulares sino de llenar el vacío dejado por ellas al ocuparse de dichos sectores de la realidad desde un punto de vista distinto al sociológico.

La sociología de la educación tiene como objeto el estudio de los hechos y las instituciones educacionales. Azevedo sigue en su obra la dirección trazada por Durkheim y su escuela, pero amplía el horizonte con nuevas perspectivas y derroteros y enriquece su contenido con un material selecto, fruto de observaciones, experiencias y estudios personales. Su obra es una de las más acabadas y útiles en el campo de la sociología educacional, tanto en la teoría como en sus conatos persistentes de aplicación a la realidad social de su país. Lo último tiene lugar en los problemas y temas de discusión que propone al fin de cada capítulo.

Pontes de Miranda (1892-) es sociólogo y jurista extraordinario. De él se ha dicho que no es universal porque escribe en portugués. Antes de dedicarse a la sociología y a los densos tratados de derecho y política, escribió dos obras filosóficas: "Sabiduría de los instintos", inspirada en el biologismo de Nietzsche, y "Sabiduría de la inteligencia, gnoseología en aforismos". Sus tratados científicos que le han granjeado fama de sociólogo y jurista son: "Introducción a la sociología general" y "Sistema de ciencia positiva del derecho". En ambos sostiene un monismo del conocimiento. Matemáticas, física, biología, psicología, y ciencias sociales, difieren por su objeto de estudio, pero siguen un mismo principio gnoseológico. Pontes de Miranda es el iniciador en el Brasil de la sociología matemática. Se puede afirmar que él inicia una escuela o tendencia en la que figuran talentos profundos y bien disciplinados, como Djacir Menezes, Pinto Ferreira, Mario Lins, etc.

Djacir Menezes (1907-) propugna en América la implantación de la sociología matemática. Está convencido de que inevitablemente la sociología del futuro será cuantitativa. Es autor de "Principios de sociología" y de "Pontes de Miranda". En esta última obra discute los principios gnoseológicos de su maestro e inspirador, y propone

catorce proposiciones sociológicas fundamentales. La primera proposición reza del modo siguiente: "Los fenómenos sociales son susceptibles de ser investigados valiéndose del método matemático..." La preparación matemática, filosófica y filológica de Menezes es admirable. Domina en su propio idioma los textos alemanes de filosofía, sociología y matemáticas.

Es muy cara a Djacir Menezes la teoría del espacio social. Un jerarca de la Iglesia y un obrero pueden estar sentados a la mesa codo a codo, unidos en el espacio físico, pero distanciados, por un abismo, en el espacio social. Aunque presentada en forma técnica por Menezes, la teoría del espacio social no reviste toda la novedad que reclaman para ella los sociólogos brasileños. En nuestro concepto, la teoría del espacio social es una versión distinta del problema de los círculos sociales de Jorge Simmel y de los procesos sociales de Leopoldo von Wiese.

La sociología tiene en Argentina una trayectoria respetable y exhibe hoy una suma de realizaciones que la colocan en un lugar prominente en el Continente americano. Entre los cultivadores más distinguidos en el pasado y en el presente figuran José Ingenieros, mentalidad polifacética, Raúl Orgaz, gran conocedor de las ciencias jurídicas, y Alfredo Poviña, inteligencia abierta y alerta a los problemas del hombre y de la cultura.

Alfredo Poviña (1904-) es relativamente joven y está en el momento de plenitud creadora y de honda reflexión; pero merced a su infatigable actividad científica y publicitaria, ya es conocido y acogido ampliamente en los círculos sociológicos hispano-americanos y europeos. Aunque se ha ocupado de temas particulares como la educación, la guerra, la revolución, la metodología de Max Weber, etc., su obra capital hasta el presente es "Cursos de sociología". En general sigue la orientación de la escuela francesa de sociología, aunque disimulada por las contribuciones recientes de Max Scheler, Hans Freyer, Adolfo Menzel y especialmente el insigne Gurvitch, a quien no se puede catalogar así no más en el realismo social, puesto que tiene elementos de gran originalidad, sobre todo en lo que concierne a la sociología jurídica como puede constatarse en su voluminosa obra "L'Idée du Droit", en su tratado de "Sociología del derecho" o en su ya famosa monografía "La Philosophie du droit de Otto Gierke". Y si Gurvitch no constituye el comienzo de una nueva orientación sociológica, marca por lo menos un momento de transición, como puede verse en su última obra "La vocation actuelle de la Sociologie".

Los "Cursos de Sociología" contienen tres partes esenciales: una histórica, otra metodológica y una tercera sistemática. En consonancia

con una tendencia bastante divulgada, Poviña inicia su sociología con la parte histórica. Como en el caso de la historia de la filosofía —que es filosofía lato sensu— supone el conocimiento de la sociología —que es sociología lato sensu— supone el conocimiento de la sociología stricto sensu. En verdad, cómo vamos a comprender, juzgar y apreciar con provecho los autores y sus obras sin nociones previas de los elementos de sociología? Lo esencial en esta historia, como en toda historia general o especial, no es el mero suceder, el desfile de nombres o de objetos externos sino la trabazón lógica o dialéctica de las ideas, doctrinas, tendencias y sistemas. La historia de la sociología es una síntesis del pensamiento sociológico y como toda síntesis anuda hilos dispersos, orientaciones divergentes y abrevia amplios panoramas exigiendo del estudioso un rico bagaje de elementos intelectivos, informativos y judicativos. Toda síntesis es cima y coronamiento, y no primer escalón de una gradería.

Es la hora también de averiguar si la historia de la sociología, tal como se la ha concebido y escrito, satisface el fin que con ella se persigue. Más que enumeración de autores y de obras y de resúmenes imperfectos de sistemas, la historia de la sociología debe ser una exposición crítica, animada y coherente de las escuelas, las doctrinas y los métodos sociológicos. No sólo debe informar sino orientar en la investigación sociológica, señalando sus realizaciones, su estado actual, y los problemas que debieran ocuparla en el futuro.

La parte metodológica es bastante eficiente. Suministra como conviene a un tratado general, las nociones, los principios y las corrientes metódicas más útiles y en boga. Define la sociología, señala sus relaciones con las disciplinas más afines y fija el carácter científico propio de la sociología.

La parte sistemática está subdividida en sociología general y especial, distinción que corresponde a las indicaciones luminosas de Max Scheler. En su estructura y contenido la parte sistemática está al día en la investigación social. Hoy preocupa menos la génesis de los hechos sociológicos que su esencia, que su ser constitutivo. Poviña tampoco se enreda en los problemas antropológicos o etnológicos que rebajan la índole científica del texto de Cornejo o de Roberto Agramonte. Entra a tratar directamente los problemas sociales cardinales. En la sociología general están estudiados en sus justos términos, tanto los problemas morfológicos como funcionales. En la sociología especial se da razón de los fenómenos sociales vinculados entrañablemente a la naturaleza íntima del hombre y también de los que tienen como radio de acción las esferas humanas del espíritu.

Roberto Agramonte (1904 n. pertenece a esa categoría de seres humanos fáusticos, siempre en trance de perfeccionamiento. Es un intelectual que ha encontrado en la investigación científica y en la cátedra su verdadera vocación. Vive preocupado, sobre manera, por las ciencias de carácter imperialista y a las que ha hecho aportes valiosos en sus libros de texto y en sus ensayos de divulgación.

Su "Tratado de Sociología", escrito tal vez prematuramente, presenta en forma enciclopédica el material sociológico disperso en todas las escuelas y sistemas.

Como indica su autor en la introducción, su tratado comprende:

10. — Problemas generales acerca del objeto y método de la sociología, las relaciones de ésta con otras ciencias y la evolución del pensamiento sociológico hasta Comte (exclusive).
20. — El impulso decisivo que tomó la sociología con Augusto Comte, Spencer, Schaeffle, y Lielenfeld, (los últimos tres organicistas, y
30. — La génesis de la sociedad: el origen del hombre, las razas, las culturas primitivas, las condiciones económicas arcaicas, la familia, la organización social, el derecho, la moral, la religión, el mito, el lenguaje y el arte primitivo.
40. — El estudio acerca del influjo y correlación de los factores geográficos, culturales, económicos, etnológicos, biológicos y psicológicos dentro de la sociedad.
50. — Temas de sociología aplicada o concreta, como la pobreza, el niño abandonado y delincuente, el delito, la perversión, la inmigración, la asistencia social.
60. — Estudios de sociología formal: contactos, ajustes, amalgamaciones, disociación, competencia, oposición, conflicto, diferenciación, dominación, sumisión, gradación, estratificación, selección, individualización, unificación, socialización, explotación, institucionalización, profesionalización, liberación y reconstrucción.

Pero su obra de gran aliento personal y de constante actualidad es "La sociología de la Universidad". El primero, como siempre, en introducir el tema de la esencia y finalidad universitarias, fue Ortega y Gasset en "El libro de las misiones", quien a su vez, transportaba al ambiente de habla castellana un tema común en Alemania. El mismo tema ha sido tratado en Cuba por E. F. Camus, jurista y filósofo del derecho, adepto a Hans Kelsen. Su opúsculo lleva por nombre "Misión de la universidad". Dentro de un panorama más amplio, el de la inteligencia, aparece en la obra "Papel social del intelectual" escrita por Floriam Znaniecki, sociólogo de origen polonés, y también en "La

responsabilidad de la inteligencia" del sociólogo español Medina Echavarría.

Agramonte, influido aquí por la filosofía alemana contemporánea, estudia la universidad en su esencia y en su devenir histórico. "La universidad, dice, no es sólo ser en sí; es también historia. La esencia de una universidad es también esencia histórica. Los grandes hechos históricos han sido grandes hechos universitarios y los grandes hechos universitarios han sido hechos históricos". (11). La universidad, diría yo, es el "elan vital" de la nacionalidad. En su exposición da amplia acogida y acertada explicación a los temas capitales de la realidad universitaria. El significado del nombre, su esencia cultural, sus caracteres, su organización, su finalidad, su relación con la sociedad de que forma parte, con la historia, la clase y categoría de enseñanza que imparte, la selección de profesorado, etc...

La universidad es saber. "Saber, dice Agramonte, es poseer como efectos de procesos vividos un conjunto de verdades acerca del mundo y la naturaleza humana; es poseer una filosofía de la vida... pero el saber no es una propiedad meramente dianoética, sino también ética. Ser sabio es saber elegir el camino que lleva al hombre a la paz interior, a la ausencia de contradicción consigo mismo, a la plena unidad de la vida". (12).

La universidad es cultura. "La cultura, dice Agramonte, es ímpetu, anhelo incontenible por conocer, que, como pasión, implica continuidad afectiva, indefinida, desafiadora de todos los obstáculos que se la oponen. Es camino de perfección intelectual por vía cognoscitiva e iluminativa". (13).

La universidad es técnica. "No puede vivir a espaldas de su época, dice, y si nuestra época está caracterizada por la tecnificación de todo lo que existe, es claro que la universidad ha de interpretar esa civilización material, y sobre todo, encauzarla dentro —como es obvio— de sus posibilidades poniendo en claro que la civilización material no puede ser una fuerza ciega y bárbara y que si el mundo ha de ser científico, no ha de estar su ciencia y técnica al servicio de las oscuras potencias que amenazan con socavar los cimientos más firmes de la civilización". (14).

La universidad es vida o forma consubstancial de vida. "Vivir consiste en alcanzar objetivos que el individuo juzga superiores, dignos, noblemente útiles", (15) añade. Y como unidad cada universidad debe ser fiel a su ser, informándose de lo extraño, pero sin caer en la ridiculez de la imitación de lo exótico. Es preciso, dice Agramonte, que cada universidad sea ella misma y multiplique sus fuerzas de perfecti-

bilidad, tal como su naturaleza misma se las dicta". (16).

La sociología americana ha recibido un aporte magnífico con la persona y obra de los profesores españoles Luis Recasens Siches, José Medina Echavarría y Francisco Ayala. Dotados de una inteligencia y preparación académica poco comunes, no han escatimado esfuerzos a pesar de las dificultades adversas para traducirlas en obras científicas de positivo valor. Tanto su voluntad de superación, como su capacidad de servicio desinteresado, pueden ser estímulo a quienes anhelan la implantación de una cultura científica y filosófica de raigambre americana.

Empecemos por Luis Recasens Siches (1903 n.). Además de sociólogo, es jurista y eminente filósofo del derecho. Gracias a sus estudios sobre Francisco Suárez, el pensamiento jurídico contemporáneo y la filosofía del derecho, nos son familiares las grandes figuras y doctrinas jurídicas de ayer y de hoy. Su inclinación hacia los estudios sociológicos aparece latente en sus estudios filosóficos, pero toma relieve inconfundible en su obra "Vida humana, sociedad y derecho". Discípulo fiel y grato del eximio José Ortega y Gasset, parte en su pensamiento social y jurídico de los postulados filosóficos de la razón vital. Su pensamiento está saturado de las ideas metafísicas, éticas y sociales del autor de "la rebelión de las masas".

"Lecciones de Sociología", denomina Recasens Siches a una de sus obras, tal vez, la más densa y madura. En conjunto, abarca los problemas metodológicos, históricos y sistemáticos. En detalle, hay contribuciones inestimables como la aproximación hacia nosotros de los tipos ideales de Max Weber, de la sociología formal de Tönnies, Simmel y Leopoldo von Wiese. De éste último, Recasens Siches es un profundo conocedor y expositor. En la teoría de lo colectivo nos acerca a la concepción filosófica de la vida de Ortega y Gasset, por una parte y por otra, a la historicidad del hombre y de la cultura —la obra genial de Dilthey.— Recasens Siches, Alfredo Poviña, etc., están en la misma línea de Adolfo Menzel, esto es, en la misma línea directriz de la sociología actual.

José Medina Echavarría (1903 n.), sociólogo de grandes dotes, economista, jurista y algo filósofo del derecho, ha contribuido a lo menos con dos obras decisivas a la investigación sociológica. Me refiero a "Panorama de la sociología contemporánea" en que capta con aguda inteligencia la situación actual de dicha ciencia y las escuelas en boga, y a "Sociología: teoría y técnica", en que, como sugiere el título, da la clave de la lógica de la sociología y de sus métodos y procedimientos empleados hasta hoy en Europa y América.

Francisco Ayala (1906 n.), es un sociólogo en el pleno sentido de la palabra. Tiene un dominio completo tanto de la rama histórica como de la sistemática de la sociología. Es autor de varias obras de innegable valor, por ejemplo, su ensayo monográfico sobre "La sociología universalista de Fraz Oppenheimer" y su "Tratado de sociología" en tres volúmenes. El primer tomo contiene la historia de la sociología, esto es, su aparición en una época de crisis, sus antecedentes clásicos en Platón y Aristóteles, sus precursores modernos, su fundación, su desarrollo, su curso posterior en los países europeos y americanos —Francia, Bélgica, Inglaterra, Alemania, Italia, España y Estados Unidos. El segundo ofrece una visión amplia del carácter científico de la sociología, de los hechos sociales como proyección vital de elementos individuales y colectivos y del proceso de la cultura tanto en su forma inferior de tecnificación, como en su forma superior de expresión netamente espiritual. En el tercero, que titula "Nomenclator biobibliográfico de autores", recoge los nombres de sociólogos, los datos de lugar y fecha de nacimiento, y sus obras respectivas.

La obra de Ayala es una de las más meditadas, coherentes y personales que se hayan escrito en Hispano-América. Revela un vasto trabajo de consciente asimilación y de elaboración cuidadosa y oportuna.

4 — Los fundadores de la Sociología americana.

Por fuerza de las circunstancias, la reseña histórica de los fundadores de la sociología americana tiene que reducirse a media docena de nombres preclaros y representativos, v. gr., Vasconcelos, López de Mesa, Pío Jaramillo Alvarado, Gilberto Freyre, y Arturo Ramos.

José Vasconcelos (1882 n.), filósofo y ensayista prolífico, conciencia vigilante y alerta, mezcla de Ulises por sus erranzas, y de Platón por sus mitos, ha insertado unos "apuntes para la sociología Iberoamericana" en su libro polémico "Bolivarismo y Monroísmo" y ha derramado otras ideas sociales en "Indología", "Raza cósmica" y "Breve historia de México". En los "apuntes" consigna, primero, su opinión personalísima sobre el concepto de la Sociología y sus métodos, y traza después un programa demasiado esquelético de lo que debiera incluir la sociología americana, pero suficiente para orientar a talentos disciplinados en la ciencia de las sociedades humanas. Por ejemplo, indica muy de pasada los problemas básicos de la geografía, las zonas culturales, la población, la política, la economía y la cultura.

Luis López de Mesa (1888 n.) es, como alguien lo ha di-

dicho (Alfonso Mejía Robledo), "una de las más nítidas figuras de la democracia colombiana, y uno de los más firmes valores del pensamiento americano". Su personalidad polifacética se desenvuelve holgadamente como talento universal en el campo del humanismo y la filosofía, como investigador en las ciencias biológicas y sociales y como estilista de la lengua de Cervantes en el ensayo y la crítica. Sus obras más conocidas son: "De cómo se ha formado la nación colombiana" (1934), y "Disertación sociológica" (1939). Fuera de Colombia, este magnífico pensador ha sido analizado por Medardo Vitier (cubano) y dentro por A. Forero Benavides, Eduardo Nieto Arteta y Roberto Jaramillo Arango, presbítero de pluma casticísima. Con todo, López de Mesa no tiene todavía el crítico digno de las alturas a que se eleva su espíritu por la grandeza de su concepción filosófica y por lo atrevido de su anhelo.

Como puede colegirse por el título, la "Disertación sociológica" no es en rigor una obra didáctica, sino un ensayo, un amplio divagar sobre la historia de la sociología, sus ramas principales y todos los tópicos esenciales de la sociología americana: la evolución cósmica del Continente, la epopeya del descubrimiento, las civilizaciones aborígenes, la cultura colonial y la gesta emancipadora. Aunque resalta más en dicha obra la veta histórica, literaria y erudita, ventila y sugiere grandes problemas sociológicos americanos, tales como la diversidad de razas, la migración, el mestizaje, la composición social de la familia, las instituciones políticas y jurídicas, la oposición entre campo y ciudad, la cultura en general y la misión espiritual de Colombia en nuestro Continente. Por el estilo, la "Disertación sociológica" es un libro pleno de lirismo, y por el pensamiento un acicate a la meditación y al estudio.

Pío Jaramillo Alvarado (1889-) es un hombre inconforme con la realidad ambiental, rebelde contra toda forma de pequeñez y de injusticia, y trascendental en su interpretación del sentido de la vida. Su investigación infatigable de todo cuanto concierne a su patria, le ha valido el título de "Doctor en ecuatorianidades". Junto a su actividad profesoral de "Derecho penal" y de su participación inteligente en la orientación política del Ecuador, ha realizado un trabajo ciclópeo de historiador, sociólogo y polemista en sus obras "La presidencia de Quito" (1000 ps.), "El indio ecuatoriano" (630 ps.) y "La guerra de Conquista en América".

Pío Jaramillo Alvarado prolonga en el Ecuador la línea de vanguardia intelectual guardiana de la libertad y justicia. Forman dicha línea el sabio Pedro Vicente Maldonado, el precursor de la Independencia Espejo, el tribuno de las Cortes de Cádiz José Mejía Lequerica, el

cantor de Simón Bolívar José Joaquín Olmedo, el estadista Vicente Rocafuerte, el panfletario Juan Montalvo, el historiador González Suárez y el reformador Eloy Alfaro. Como centinelas del porvenir de la patria, dieron la voz de alerta a la legión de héroes y mártires que con su abnegación y sacrificio han forjado, no obstante los obstáculos y reveses, una comunidad nacional donde se aspira a que la libertad y la justicia sean un hecho real y no una fórmula huera. A esa legión ha unido Jaramillo Alvarado su voz de hombre y pensador, de sociólogo y jurista, en favor de la redención del indio ecuatoriano. Su gran contribución a la sociología americana está consignada en su libro "El indio ecuatoriano". Ecuador será grande cuando asimile la raza indígena a la sociedad nacional activa y a la cultura militante. Jaramillo Alvarado protesta bravamente contra la hipocresía que declara al indio ciudadano libre, pero lo mantiene postrado en la miseria económica y en las densas tinieblas de la superstición.

Gilberto Freyre (1900-), influenciado en parte por la escuela antropológica de Franz Boas, ha investigado instituciones sociales peculiares del Brasil. Es autor de una trilogía de verdadero mérito científico: "Casa grande e Senzala", "Sobrados e mucambos" y "Nordeste". La parte formal de estas obras puede llevar al error de considerarlas como puramente literarias, pero un examen de la parte material nos muestra en seguida que se trata de un trabajo de estricto valor científico. El título mismo de cada una de dichas obras sugiere su objetivo: la explicación de instituciones típicamente regionales. Casa grande y senzala es la casa del señor hacendado durante la colonia rodeada de barracas en que habitan los esclavos; los sobrados son residencias señoriales urbanas y los mucambos chozas de los esclavos libertos; nordeste es la región azucarera opuesta al sur cafetero. Este sencillo esquema ha servido de motivo a Gilberto Freyre para crear la sociología brasilera o por lo menos para poner sus bases firmes.

Arturo Ramos (1900?), médico psiquiatra y autor de numerosas obras sobre educación, psicoanálisis y delincuencia, ha escrito dos monografías de incomparable valor científico: "Las culturas negras en el Nuevo Mundo" y "Las poblaciones del Brasil". La primera es una investigación de la transplantación forzosa del africano a América, de su adaptación cruenta a las nuevas y penosas condiciones de vida social y de los residuos culturales originarios de las distintas zonas africanas. Arturo Ramos ha realizado una obra de zapador en la difícil descifración del problema afro-americano. En esta clase de estudios Ramos tiene un émulo de notable prestigio: el cubano Fernando Ortiz, quien ha investigado también el problema del negro y sus relaciones

con el blanco en torno a dos símbolos muy significativos: el tabaco y el azúcar.

La segunda obra de Arturo Ramos es una contribución bastante exacta al estudio de la composición étnica del Brasil. La importancia científica y política de la investigación demográfica es obvia. Un Estado sólo puede gobernar y progresar si conoce su material humano. Es una torpeza irreparable de los estadistas y políticos de nuestros países hispano-americanos mirar con desprecio las investigaciones desinteresadas en el campo de la antropología, etnología y sociología. Los problemas higiénicos, económicos, educacionales y políticos se aclaran cuando se conoce al hombre, y el medio en que viven las agrupaciones sociales.

En la obra que comentamos, Arturo Ramos ha estudiado en forma objetiva la inmigración en el Brasil. En poco menos de un siglo—de 1864 a 1940— entraron en el Brasil 4.278,632 inmigrantes. La distribución por nacionalidades de los inmigrantes en las fechas indicadas es la siguiente: 1.372,722 italianos, 1.149,502 portugueses, 558,087 españoles, 230,183 alemanes y austriacos, 132,726 japoneses, 1,381 ucranianos, 2,209 letones, 2,704 estonios, 3,087 daneses, 4,120 griegos, 4,947 suecos, 5,071 checoslovacos, 5,174 libaneses, 8,555 húngaros, 20,507 sirios, 22,838 yugoeslavos, 28,665 lituanos, 39,113 rumanos, 47,765 polacos, 78,455 turcos, 108,121 rusos, más otros grupos móviles de distintos países europeos y americanos.

Agustín Venturino (1893 -) es sociólogo de vocación. En su formación intelectual tuvieron parte tres maestros chilenos: Valentín Letelier, J. E. Lagarrigue y José Victorino Lastarria. Y la tendencia científica determinante de su producción sociológica es el evolucionismo spenceriano. Tiene el mérito de ser el primer investigador hispano-americano en agitar el estudio de la sociología nacional y continental. Su "Sociología chilena" data de 1919, y los dos tomos de "Sociología primitiva chileindiana" de 1927/8. También su "Sociología general americana" es obra de avanzada. En nuestro juicio, el profesor Venturino ha hecho sociología americana de contenido histórico, y por tanto, genético más que sistemático.

Sobre la "Sociología primitiva chileindiana" afirman Barnes y Becker, historiadores norte-americanos del pensamiento sociológico, lo que transcribimos a continuación: "Venturino no es un mero literato; si su estilo literario se insinúa, a veces, en su exposición científica, no es porque sea vago respecto a los hechos. Muchos años de minucioso estudio del ambiente físico y cultural de los indios y colonizadores en todas las Américas le han suministrado un trasfondo que da profundidad y perspectiva a toda su obra. Además sus comparaciones de la cul-

tura chilena con las culturas maya, azteca e incaica tienen un gran valor ilustrativo y abren perspectivas de análisis que parecen prometedoras". (17).

Entre los discípulos de Antonio Caso adquiere cada día mayor relieve nacional y continental la figura de Lucio Mendieta y Núñez. Timbre de gloria para su nombre es haber fundado en 1939 la "Revista Mexicana de Sociología", publicación de alto valor científico que ha contribuido eficazmente a la difusión y cimentación de las ideas sociológicas en los países de habla hispana en nuestro Continente. Dicha revista mantiene a los estudiosos informados sobre las tendencias principales de la sociología y fomenta a la vez la investigación de temas netamente regionales y continentales. En el campo de la sociología general, Mendieta y Núñez ha publicado trabajos de enjundia sobre las agrupaciones sociales, en el de la sociología especial sobre los partidos políticos y en el de la sociología mexicana sobre el valor sociológico del folklore. Y como si esto fuera poco, Mendieta y Núñez está animado de un sentimiento americanista profundo que a la larga redundará en provecho efectivo de los estudios de sociología americana.

"BIBLIOGRAFIA DE INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA AMERICANA".

1. — Independencia de Hispano-américa, Nicolás García Samudio, p. 49, F. C. E., México, 1945.
2. — El ensayo americano, Medardo Vitier, p. 46, F. C. E., México, 1945.
3. — Idem, p. 97.
4. — Idola Fori, Carlos Arturo Torres, p. 92, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, 1944.
5. — Citado en "La Nueva Democracia", vol. XXVII, n. I, p. 112.
6. — "Radiografía de la pampa", Rev. Mex. de Sociología, año II, vol. II, n. 2, p. 6.
7. — El mundo es ancho y ajeno, Ciro Alegría, p. 18.
8. — Risaralda, Bernardo Arias Trujillo, p. 49, Manizales, ed. 11ª.
9. — Sociología, Antonio Caso, p. ed. 3ª, Polis, México, D. F., 1939.
10. — Sociología de la educación, F. de Azevedo, p. 15, F. C. E., México, 1948.

11. — La sociología de la Universidad, Roberto Agramonte, p. 54, Universidad Nacional de México, 1948.
12. — Idem, p. 13.
13. — Idem, p. 15.
14. — Idem, 16.
15. — Idem, p. 17.
16. — Idem, p. 54.
17. — Historia del pensamiento social, Barnes 7 Becker, vol. 2, p. 320, F. C. E., México, 1945.